

Tomás Jalpa Flores*

Un documento de la Montaña de Guerrero

A Document from la Montaña de Guerrero

*A Alfredo Ramírez Celestino (abril, 2016)
In memoriam*

m

i primera experiencia con la etnohistoria y otras disciplinas la tuve en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Estaba cursando la maestría y coincidí en un curso de la maestra Virbe Piho con un grupo de investigadores del INAH-CIESAS. Entre ellos se encontraba Alfredo Ramírez Celestino (q. p. d.), Hilda Aguirre Beltrán (q. p. d.) y Cecilia Rosell. Era la clase de Iconografía y Códices y las sesiones, además de interesantes, eran muy amenas porque Alfredo, con su carácter alegre y actitud desparpajada, terminaba por contagiar a todos de una saludable risa.

Entonces yo era un historiador un poco “raro”, ratón de archivo que se pasaba las vacaciones y días libres en el Archivo General de la Nación hurgando papeles del siglo XVI. Pero además tenía la fortuna de participar como expositor en el Departamento de Visitas Guiadas del INAH. Eran tiempos en que no había becas ni algún apoyo por el estilo, y había que buscar trabajo donde quiera para poder sacar adelante los estudios. Ahí el trabajo era eventual y nos pagaban por honorarios. Pero independientemente de la cuestión económica, gracias a eso pude conocer una buena parte del país y escuchar a una pléyade de investigadores: arqueólogos, historiadores del arte, etnólogos y geógrafos de gran renombre que me permitieron ver la historia con otros ojos.

Por azares del destino mi vida me fue llevando a mi terruño, pues originalmente mi tema de estudio eran las misiones de la Baja California. Sin embargo, mi asesor se fue a una estancia posdoctoral a Francia y me

Postulado: 08.05.2023

Aceptado: 22.11.2023

* Dirección de Lingüística, INAH. Correo electrónico: <tomjalpa@hotmail.com>.

recomendó con otra investigadora, la doctora Gisela von Wobeser, quien me sugirió estudiar las haciendas de la provincia de Chalco. En sus pláticas siempre me insistía en que no era posible que un historiador escribiera de un lugar sin conocerlo. Apenado por ser extranjero en mi propio terreno, me di a la tarea de recorrer por muchos años la región de los volcanes, que a pesar de caminarla, la sigo desconociendo y sigue siendo una gran veta llena de sorpresas en la que continuamente se hallan cosas importantes.

En ese contexto fue que conocí a Alfredo. Al término del curso me comentó que andaba buscando un paleógrafo para trabajar unos documentos y códices. Me mostró unas copias del lienzo de Totomixtlahuaca, localizada en el Archivo Condumex. Le dije que tenía la experiencia requerida, pues había trabajado en el Archivo de Notarías haciendo paleografía de documentos del siglo XVI, y la investigación que estaba realizando en el AGN me daba las herramientas necesarias para leer diferente tipo de documentos. Me invitó a visitar Totomixtlahuaca para reconocer algunos topónimos del lienzo. Al ver el códice me llamaron la atención los dibujos mal hechos y pensé que tal vez no lograríamos obtener nada interesante. Pero pudo más la curiosidad, mi espíritu aventurero y las ganas de conocer estos lugares. Finalmente acepté. No había contrato ni paga. Solamente cubriría mis gastos de transporte y comida que era más que suficiente. Nos acompañaba uno de sus compañeros y salimos un día rumbo a Tlapa. Tomamos el autobús en la TAPO en una corrida nocturna. Pero como solamente quedaban dos lugares disponibles me tocó ir parado, y en ratos cuando el cansancio me vencía me sentaba en el piso, como muchos pasajeros. Más de siete horas de camino, dormitando a ratos, finalmente llegamos a Tlapa por la mañana. Muchos de los viajeros iban dormidos, pero los que viajábamos de pie no podíamos descansar por el golpeteo del accidentado camino. Gracias a eso pude estar atento al amanecer y vislumbrar el paisaje tlapaneco. El autobús avanzaba por la orilla de un río seco, cubierto su lecho con piedras blancas que se mezclaban con algunas de otra tonalidad. A primera vista era un espectáculo impresionante: los rayos del sol caían sobre

el lecho del río, reflejándose en los espejos de agua; el cauce ondulaba en el valle como si fuera una serpiente multicolor.

Era un día de tianguis y Tlapa había despertado con gran algarabía. Los puestos estaban montados sobre el lecho del río y las calles principales despedían olores diversos; se mezclaban los aromas “nauseabundos” de las heces fecales y los orines de humanos y animales con las fragancias de las flores y los frutos. Cada paraje era un recorrido por la experiencia olfatoria. Los puestos de comida despedían humo y olores que despertaban el apetito. Pero hubo uno que quedó registrado en mi memoria y lo asocié al lugar: era el olor de la carne seca. Las ocasiones que regresé a la ciudad de Tlapa no podía desligarla de dos cosas: el intenso calor y ese olor tan peculiar. Y así como Lagos de Morenos es imposible concebirlo sin el olor del arrayán, o Comitán sin el del tecnocté, Tlapa la registré en mi memoria con el olor a chivo y carne seca. En ese momento eran cosas triviales, pese a la existencia de toda una historiografía occidental que abordaba este tema sensitivo, que en México no había llamado la atención, y del cual en ese entonces yo estaba ajeno. Dentro de mis rarezas, yo acostumbraba tomar notas de estos aspectos, después del regreso de cada visita guiada, y se me había hecho un hábito registrar las cosas que me parecían propias de cada sitio. Más tarde, cuando cayó en mis manos la obra de Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*, recuperé mis cuadernos y pensé que algún día me iban a servir para escribir algo.

Con el cansancio del viaje buscamos dónde descansar. Llegamos a una casona vieja que servía de hotel. Las habitaciones eran altas y espaciosas, con paredes descarapeladas, cubiertas de sarro, moho y un ambiente denso que para cualquier viajero exigente le hubiera parecido imposible para descansar. Dejamos las cosas, salimos a desayunar y luego, mientras ellos fueron en busca del director de la radio La Voz de la Montaña, yo me dediqué a vagar por el tianguis. Siempre me han llamado la atención estos lugares porque, además de entrar en contacto con la gente, hay infinidad de cosas que a los ojos de un historiador le develan procesos importantes de formas de inter-

cambio y socialización de las personas. Fue mi primer contacto con la sonoridad. Por doquier se escuchaban voces incomprensibles, en diferentes tonos, ritmos e intensidad. Era una cacofonía que requería de un oído educado para diferenciar las variedades dialécticas, lo cual yo no poseo. Mi pobre vocabulario del náhuatl no atinaba a reconocer y distinguir una palabra, pero la experiencia era indescriptible. Me senté un momento para asimilar aquellos instantes. En ese lapso pude darme cuenta de varias cosas: el ir y venir de la gente, cargando sus productos, parlotando con los marchantes, viendo cómo tomaban los objetos y miraban los productos para registrarlos, valorar el peso de las mercancías y otras cosas; me llamó la atención la presencia del trueque y las formas de negociación entre comerciante y comprador, donde el regateo forma parte de los rituales del comercio popular. Es lo que le da sentido a los intercambios a través de la construcción de una serie de valores culturales que fortalecen las redes sociales. Sin el regateo una adquisición carece de vitalidad; es en esa lucha simbólica para ver quién cede, o las artimañas utilizadas para lograr ambos su objetivo, y así los artículos cobran sentido y se alimentan de un plus.

El tiempo pasó de prisa y los compañeros no llegaban. Eso no me preocupaba. Yo estaba en mi mundo, inmerso en mis cavilaciones y observando todo. Los volví a encontrar como a las cinco de la tarde. Iban muy alegres. Se notaba que habían tenido un buen convivio y con alguna cervezas de más. Los acompañé a comer y luego se fueron a descansar. Yo regresé al río para seguir distrayéndome, pues no deseaba encerrarme en esas cuatro paredes. Los tianguistas estaban recogiendo sus puestos. Las frutas y otros productos que no se habían vendido estaban desperdigados en el río. Los perros buscaban entre los escombros algo para comer y algunas familias se disponían a regresar a sus casas, cargando sus burros y mulas con sus enseres. Otros estaban tirados en la orilla, ebrios, o bien taciturnos, esperando a que anocheciera para emprender un regreso más cómodo. Había tanto hombres como mujeres con sus hijos esperando a que se les pasara la borrachera. La tarde pardeaba y la luna hizo su aparición. Era una noche gris,

el preludio de la luna llena iluminó todos los montes. Poco a poco se fue desocupando el río y a lo lejos se escuchaban los ladridos de los perros que seguían a sus dueños en su regreso. La ciudad volvía a la calma. No había alumbrado público y muchas de las casas aún se seguían iluminando con la luz de las lámparas, las velas o del fogón. Tlapa empezaba a descansar. Regresé al hotel esperando el viaje del día siguiente.

El itinerario era continuar rumbo a Tlacoapa. Había que tomar la camioneta “pasajera” a las seis de la mañana. Salimos del hotel a las cinco para estar a tiempo en la parada. Cuando llegamos ya había mucha gente esperando el transporte. Finalmente llegó un camión de redilas y todos inmediatamente empezaron a subir sus cosas. Llevaban diversos bultos: costales de carbón, harina y papas; huacales con frutas, gallinas y guajolotes. Iban bien arropados y yo, sin comprender por qué, sólo llevaba mi camisa, iba muy primaveral pues el calor era insoportable a pesar de la hora. Entonces subió un soldado que ocupó la parte delantera y se colocó en el toldo a manera de vigía. Era un joven de unos 20 o 25 años con quien empezamos a conversar y en el trayecto nos hicimos buenos amigos. Nos comentó que era de un lugar que se llamaba Xalpatlahuac, donde además del náhuatl se hablaba el mixteco, y que iba a visitar a su familia. Luego nos dijo que estaba encargado de recorrer la Montaña para ver dónde había plantíos. El camión empezó el ascenso por escarpadas laderas, atravesando bosques de coníferas con temperaturas bajas y, al pasar por los pequeños valles cubiertos por magueyes y pastizales, soplaban un viento helado. Era un camino de terracería, lleno de recovecos y hoyos. En algunas partes teníamos que bajar para que pudiera pasar el camión y luego volver a acomodarnos. Todos íbamos parados, apenas si cabía una aguja en ese espacio tan reducido, atascado de pasajeros. En el descenso el camión bajó a gran velocidad formando nubes de polvo. La mayor parte de la gente se cubría la cara con sus mantas o camisas. Nosotros intentamos hacer lo mismo pero no íbamos preparados. Finalmente llegamos a Tlacoapa. Serían como las diez u once de la mañana, con un sol que apenas empezaba a calentarnos. Estábamos irreconocibles, nos mirábamos unos

a otros soltando tremendas carcajadas y la gente se contagió de nuestro alboroto. Alfredo y Jorge tenían un aspecto particular pues ambos eran de pelo crespo y, debido a la gran cantidad de polvo, tenían el cabello hirsuto que parecían hombres de las cavernas o personajes sacados de una película de Tin Tan. Yo debí haber estado igual, pero como no había espejo ni donde reflejarme fue imposible describirme. ¡Fue un viaje inolvidable!

Fuimos al río a bañarnos para estar presentables antes las autoridades. En esa ocasión, como yo iba de acompañante de los investigadores, me mantuve ajeno a los trámites que debían hacer. La radio de La Voz de la Montaña de Tlapa había informado de nuestra llegada y las autoridades los estaban esperando. Los acompañé hasta la agencia donde platicaron con las autoridades. Luego que arreglaron lo del hospedaje esperé a ver qué seguía. Entre tanto, me dediqué a observar el pueblo, con sus casas de adobe, algunas con aplanados o encalados y sus techumbres de dos aguas cubiertas con teja. El pueblo tiene una calle principal que sube paulatinamente una ladera y las casas se despliegan visualmente en un ritmo armonioso. Como ese día las autoridades tenían otros asuntos que atender no había nada que hacer hasta el día siguiente. Nos hospedaron en el albergue, ubicado en las afueras del pueblo, a unos 600 metros o más o menos. Ahí nos instalamos en los catres junto con el soldado y después bajamos para buscar dónde comer.

A medio día la temperatura era insoportable y luego de la comida decidimos ir al río para refrescarnos. Los compañeros encontraron una pequeña poza, cubierta por la sombra de un amate, y ahí decidieron quedarse a descansar. Yo me dediqué a vagar por el río buscando la mejor corriente. Cuando regresé seguían ahí, pero cuál sería su sorpresa que al salir tenían la espalda cubierta con sanguijuelas. Me decían que sentían los piquetes pero pensaron que eran los pececillos que acostumbran hacer eso. Subimos al albergue y para colmo el compañero, que no estaba habituado a caminar llegó lleno de ampollas. La noche pasó entre burlas y lamentos a causa de las heridas. Un día más seguimos en Tlacoapa sin poder hacer nada, pues las autoridades andaban fuera y no había

posibilidad de consultar la documentación. Los compañeros se hicieron amigos de la dueña de la fonda y la señora fue un paliativo para sus desgracias. Les preparaba su té de campo y los consentía. Ese día se les quitaron las ganas de volver al río.

Al día siguiente finalmente pudimos revisar la documentación. No había papeles antiguos, por lo que su consulta no requería de mi presencia. El agente les comentó que al día siguiente irían a Totomixtlahuaca, y si deseábamos ir nos esperaban en la presidencia a las tres de la mañana. Nos advirtieron que el camino era largo y pesado y la camioneta solamente llegaba a un punto donde teníamos que descender para continuar a pie. Ellos lo pensaron muy bien y decidieron quedarse a revisar la documentación. Yo me apunté para ir con las autoridades y en la madrugada bajé del albergue. Estaban ahí seis o siete personas. Abordamos la camioneta y empezamos a ascender hasta llegar a un punto donde se acabó el camino. Ahí comenzamos a caminar. A eso de las seis de la mañana llegamos a San Miguel Tablas, una pequeña rancharía ubicada en una loma desde la que se divisaba la accidentada sierra. Caminamos hacia una tienda donde las autoridades hablaron con los dueños para pedir alimentos. Nuestro desayuno consistió en un plato de frijoles, tortillas y un café. Para halagarnos nos dieron un refresco. Ahí coincidimos con un maestro rural que iba a dar clases a un poblado distante a dos horas de ahí. Hablaba el mixteco, mientras que los dueños de la tienda se comunicaban en tlapaneco y náhuatl. El grupo entabló una larga conversación, incomprendible para mí. Distinguía algunas palabras y lo que más me llamó la atención fue que cada uno hablaba en su lengua y entendían la de los otros sin necesidad de tener interlocutores. Ninguno por equivocación habló en español, pese a que también lo conocían. Eso lo pude comprobar primero con las autoridades de Tlacoapa, quienes se dirigían a mí en español, y luego con el breve intercambio que tuve con los dueños de la tienda y el maestro rural. Para mí, era algo inusitado, acostumbrado a una cultura monolingüe, y de pronto llegar a un microespacio donde convergían en ese instante cuatro lenguas, cuatro medios de interlocución sin pedir prestado nada a nadie. Ya

en el camino conversé con uno de los integrantes del grupo y me dijo que ellos estaban acostumbrados a hablar en su lengua, porque sabían que los otros la entendían aunque no la hablaran. Dijo que eso no era nada extraño en la Montaña y continuamos descendiendo.

El descenso era pesado. Había partes muy empinadas y era necesario agarrarse a las ramas o las raíces para no irse de bruces. Para ellos no presentaba mayor dificultad; sin embargo, a mí me resulto pesado porque, además, los compañeros tuvieron a bien cargarme su equipo fotográfico para que les llevara registros del lugar. No sé qué cámara era. Lo único que recuerdo es que pesaba mucho y era bastante incómoda, además de los lentes y el tripié que en ningún momento supe utilizar y que con gusto hubiera aventado al precipicio en los momentos más difíciles del recorrido. Tambaleando y como pude les seguí el ritmo y finalmente a lo lejos divisamos el pueblo de Totomixtlahuaca. Estábamos cerca del pueblo pero antes de entrar se detuvieron en el arroyo donde había un pequeño salto de agua. Sacaron jabones y toallas y procedieron a darse un baño para entrar presentables al pueblo. Yo no iba preparado pero no pude aguantar las ganas de refrescarme. Así limpios, oliendo al típico aroma del jabón Rosa Venus, entramos al pueblo.

Nos recibieron dos grandes moles de los contrafuertes de una vetusta construcción. Quedaban los torreones y unas bardas de grandes dimensiones, que a la imaginación de un buen restaurador le recordarían el templo de Cuilapan, Oaxaca. Ahí estaban los testimonios de la presencia agustina y los infructuosos intentos de evangelización en una región inhóspita. Ese día, la calle estaba enmarcada además por una portada de palmas y flores de cucharilla, decoradas con listones morados y blancos que se habían colocado para celebrar la Semana Santa. Era viernes Santo y estaban los preparativos para realizar la procesión de la Pasión de Cristo.

Avanzamos por la calle acompañados del ladrido de los perros y nos detuvimos en una casa para desayunar. Nos pasaron a una habitación que estaba en un desnivel de la calle. La mesa junto a la

pared dejaba ver el exterior por una rendija. Se veían sólo los pies de las personas que transitaban por la polvorienta calle. Eran pies descalzos o algunos con huaraches, sólo distinguibles del género y la edad por el tamaño y la vestimenta; todos presentaban las huellas de los largos caminos, pues avanzaban llenos de polvo, con los carcañales agrietados, algunos con las llagas de las heridas que dejan los tropezones, o bien, los rasguños de las ramas y espinas. Los de mujeres y niñas más delicados, los de los hombres, más rudos. Algunos permitían imaginar la edad, eran pies arrugados, testigos de los años; pasaban a diferente ritmo, denotando también a quien pertenecían. Eran pies de lento andar, otros pesados, levantando el polvo y otros ligeros y presurosos. En ese momento tenía ganas de tomar una foto pero no sabía cómo manejar el artefacto, así que me quedé a observarlos y registrarlos en mi memoria. Fue la mejor fotografía que aún conservo con gran nitidez.

El desayuno fue agradable y succulento: unos huevos con tortillas, frijoles y salsa molcajeteadas. Luego nos dirigimos a la plaza principal a buscar a las autoridades. Uno de los compañeros me hizo el comentario de que no me separara del grupo y que procurara no salir a recorrer el pueblo. Entramos al salón principal y detrás de una mesa estaban las autoridades de Totomixtlahuaca. Con cortesía saludaron y dieron la bienvenida a los representantes de Tlacoapa. Luego empezaron a destapar las cervezas y ofrecerlas. Yo iba a negarme pero el compañero me dijo que no hiciera eso porque lo iban a tomar como desaire. Después de la presentación se dedicaron a dialogar en tlapaneco y náhuatl. Hablaron algo, posiblemente relacionado a mí, pues después de un rato les pidieron que me retirara. Salí de la reunión con la advertencia de no andar por el pueblo, ni mucho menos sacar fotografías, así que permanecí en la plaza, sentado, dejando pasar las horas. Veía al interior y seguían tomando y yo me dediqué a observar a la gente. El pueblo se fue llenando con el arribo de personas que se congregaban en la plaza que en pocas horas se llenó de visitantes procedentes de las rancherías vecinas. Tal vez por mi estatura y vestimenta les llamaba la atención y al pasar me miraban de reojo y los niños con curiosidad.

Por estos rasgos probablemente, las autoridades no permitieron que estuviera en la reunión, pues mi presencia les incomodaba y generaba desconfianza.

Empezó a oscurecer y le pregunté a uno de los compañeros si íbamos a permanecer más tiempo ahí. Me dijo que si quería ya podía ir a la iglesia, que ellos estarían todavía un rato más arreglando los asuntos. La iglesia se encuentra a un costado de la agencia, así que fui a distraerme. En ese momento estaba llena de feligreses, el olor del incienso, las flores y las velas generaban un ambiente peculiar, entre misterioso y tenebroso. De la fachada pendían dos tiras de cohetes. En medio de la oscuridad empezó la procesión y se formó una fila, encabezada por las agrupaciones; se trataba de las mayordomías que portaban los símbolos de la pasión. Fueron avanzando por la calle, seguidos de los feligreses que portaban velas y botes con petróleo y mechones iluminando la calle. El espectáculo devocional era impresionante. A mi memoria llegaron escenas de películas costumbristas como la de la Virgen de Talpa (1956) y tantas otras que en ese momento se me escapaban. Pero lo más próximo eran las imágenes pintadas en multitud de cuadros de Ánimas y milagros que había visto durante mis recorridos, como aquella del milagro del Señor de Singuilucan o el de la devoción a la Virgen de Ocotlan. Parecía que el tiempo se había detenido y tenía la oportunidad de presenciar algo inenarrable. El recorrido duró varias horas, deteniéndose en cada esquina del pueblo para culminar en el templo donde los símbolos de la Pasión fueron recibidos por una descarga de cohetes que iluminaron el cielo.

Concluyó la ceremonia y regresé a la plaza donde estaban los representantes de Tlacoapa. Dijeron que nos íbamos a quedar ahí para salir temprano. Pensé que buscaríamos una casa para dormir, pero empezaron a acomodarse en el suelo de la plaza; buscaron unos maderos o piedras como almohadas y tendieron sus gabanes. Hice lo propio y busqué un tronco para ponerlo como almohada y descansar. El cielo estaba iluminado por la intensa luz de la luna y el ambiente era muy tranquilo. Logré dormir un poco con un cielo cubierto de estrellas. Parecía que apenas había pegado los ojos cuando sentí una mano

que me movía indicándome que era hora de partir. No tenía idea de la hora. Tomé mis cosas y los seguí. Salieron con cuidado, tratando de no hacer ruido. Pese a las penumbras me di cuenta que no íbamos todos. Algunos se habían adelantado y conforme íbamos avanzando, el grupo se detenían para esperar una señal. A los lejos se oían los chillidos y entonces continuábamos. Eran muchas las precauciones por lo que empecé a sentir un poco de temor; sin embargo, luego de algunas horas volvimos a encontrarnos con el resto del grupo y continuamos avanzando. Cada uno agarró su paso y por más intentos que hice para seguir su ritmo me fui rezagando. No sé si se percataron de mi ausencia pero me di por vencido en mi intento de alcanzarlos. Previamente me habían dicho que ese era el único camino para llegar al pueblo. A esas horas el camino era visible y no había problema para llegar a Tlacoapa, así que dejé de esforzarme y agarré mi paso. Al poco rato me alcanzó una familia que llevaban en sus burros unos huacales. Empezamos a platicar y me dijeron que también venían de Totomixtlahuaca, que habían ido a vender sus productos, como cada año, y regresaban a su pueblo que quedaba a dos días de camino. Venían de un pueblo lejano de la Mixteca Baja que quedaba muy cerca de Zilacayoapan. Fueron muy parcos en sus comentarios y opté por no hacer más preguntas. No quise detenerlos y tomaron su paso; al poco rato se perdieron entre los montes y seguí mi camino solo, confiado en sus indicaciones.

Finalmente llegué al pueblo. Eran como las doce de la mañana cuando frente a la presidencia estaban mis compañeros esperándome. Decían estar preocupados por mí porque las autoridades habían llegado muy temprano. Entre bromas les dije que no sabía si su preocupación era por mi persona o por su equipo. Y como no lo había utilizado vinieron los reclamos y todos los improperios que solía decir Alfredo a manera de broma. Previamente ellos habían tomado fotografías de los documentos que les parecieron interesantes y dieron por concluido el trabajo de campo. Nos despedimos de las autoridades con la promesa de regresar a entregar los resultados de la investigación.

Antes de regresar a Tlapa, uno de los integrantes del pueblo me explicó la razón del viaje a Totomixtlahuaca. Habían ido a arreglar unos asuntos de límites de tierras. Fueron porque las relaciones con las autoridades estaban muy ríspidas y por precaución no habían querido salir temprano porque tenían temor a que los venadearan. Por eso es que habían elegido una hora en que todos estaban dormidos y habían enviado a sus compañeros a revisar el camino. Que los silbidos les sirvieron para saber que el camino estaba libre y por eso es que me apresuraban a que caminara. Sin embargo, después que habían traspasado los límites de Totomixtlahuaca se sentían más tranquilos y por eso dejaron que continuara a mi paso pues sabían que estaba en terreno seguro. Sus palabras por lo menos aclararon mis dudas y tantas recomendaciones que me habían hecho en Totomixtlahuaca para no moverme del lugar.

De mi investigación del sitio no llevé nada que resultara útil para el trabajo de Alfredo. No hubo ni siquiera la posibilidad de preguntarles por la existencia de documentos antiguos. En primera porque al momento en que llegamos, varios de los integrantes

ya estaban ebrios, y en su rostro se veían que tenían varios días de borrachera. En segunda, el ambiente no parecía propicio para hacer indagaciones. Desde que llegamos mi presencia parecía haberlos incomodado y generado desconfianza pues creían que era un funcionario del gobierno y la imagen que tenían de ellos no era nada buena. Fue por eso que les solicitaron tratar los asuntos sin mi presencia. Solamente en el salón de la presidencia había un cartel del lienzo de Totomixtlahuaca, de algún evento que había organizado Condumex, y que algún antropólogo les había llevado. El ambiente era tan ríspido que no me atreví ni siquiera a pedir permiso para tomar una foto. Lo que me quedó fue esa experiencia de andar por los cerros y saber todo lo que implica el trabajo de campo, sin el auxilio de transportes y comodidades. Sin embargo, las andanzas me han servido para continuar recorriendo otros sitios y tratando de esclarecer mis investigaciones. Esta experiencia sirvió para que en los años siguientes me volvieran a contratar para hacer la paleografía de otro acervo localizado en otro pueblo lejano que estuvo plagado de experiencias similares.



Lienzo de Totomixtlahuaca, Fondo Condumex